

á la de ser siervos suyos, pues dice un sabio escritor que «el gozo humano es cosa magnífica, un verdadero tributo de adoración que se presta al Creador» (1). Esta es también, no solamente la mejor, sino tal vez la única vía de medrar en santidad y asegurar lo que más nos importa, lo único que nos importa en el mundo (2), es decir, la perseverancia en amar á Dios (3), pues, como bien sabéis, sólo á la perseverancia en el servicio divino está vinculada la salvación eterna del alma (4), que plegue á Dios concedernos á todos.

(1) P. Faber. La preciosa Sangre, cap. 3.

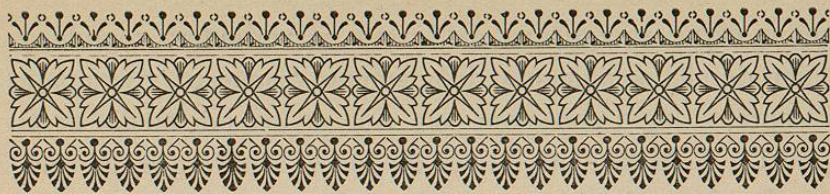
(2) Luc., X, 42; Matth., X, 22.

(3) Eccli., XXX, 15.

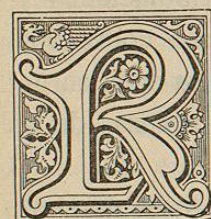
(4) Matth., X, 22; Matth., XXIV, 13.



COMUNIÓN SACRAMENTAL



COMUNIÓN SACRAMENTAL



REFIÉRENOS San Juan en el capítulo sexto de su Evangelio, que hablando Jesús á los judíos en la Sinagoga de Cafarnaum del portentoso designio que había concebido de instituir el adorable Sacramento de la Eucaristía, díjoles: *Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron; mas yo soy el pan vivo que bajó del cielo: el pan que yo os daré es mi carne; quien comiere de este pan, vivirá eternamente* (1). Al oír esto los judíos, comenzaron á altercar entre sí diciendo: *¿Cómo este hombre puede darnos á comer su carne? Dura es esta doctrina; ¿quién puede escucharla siquiera? Y muchos de sus discípulos le abandonaron.* Entonces preguntó Jesús á los doce Apóstoles: *¿También vosotros queréis retiraros?*—Señor, contestó Pedro, *¿á quién iremos? Sólo Vos tenéis palabras de vida eterna* (2).

Nosotros, por misericordia de Dios, en vez de creer dura esta doctrina, confesamos paladinamente á la faz del mundo

(1) Joann., VI, 49.

(2) Joann., VI, 69.

que la carne sacratísima de Cristo es verdadera comida, y quien de ella se alimenta, debidamente dispuesto, vivirá para siempre, si logra conservar esta vida divina por medio de la gracia y de la caridad; en vez de querer separarnos, de querer abandonar á Jesús—como los judíos carnales que no entendieron las palabras de su Maestro,—nos sentimos impulsados á vivir más unidos con Él cada día por medio de la sagrada comunión, y si nos fuera lícito, le recibiríamos sacramentalmente, no ya cada día—como lo hacemos por dicha nuestra,—sino muchas veces durante el día, porque Jesús constituye el manantial más puro de todos los goces, el único consuelo que hace soportable este destierro y el continuo deseo de nuestras almas; en Él hallamos serenidad en las tempestades del corazón, paz en las tribulaciones y quebrantos, asilo en nuestras desgracias, escudo contra los dardos del enemigo, remedio contra los estímulos de la carne rebelde y nuevo fervor contra las frecuentes tibiezas de la piedad.

Así es, hermanas mías; todos estos bienes y otros muchos sin cuento produce la santa comunión en las almas bien dispuestas. Y para que cada día vaya en aumento nuestro fervor al practicar este acto, el más grande, el más delicioso y de resultados decisivos para nuestras almas, bueno será que indiquemos siquiera algunos medios que nos preparen y ayuden á comulgar con fruto. Tres virtudes principalmente recomienda y encarece San Pablo—y constituyen muy excelente disposición para recibir á Cristo dignamente—cuando dice á los hebreos: Lleguémonos á Jesucristo con «plena fe», con «pureza de conciencia» y estimulados por «la caridad» (1), y éstas debemos adquirir á toda costa si queremos experimentar en nuestras almas los inestimables frutos de este Sa-

(1) Hebræ., X, 22-24.

cramento. Digamos algunas palabras sobre cada una de ellas.

Fe. Al decir que debemos acercarnos á comulgar con plena fe, no me refiero á la fe habitual que todos recibimos en el sacramento del Bautismo (1), y que es necesaria para salvarse (2), porque constituye «el principio, fundamento y raíz de nuestra justificación», como dice el Concilio de Trento (3), sino que aludo á aquella fe viva y anhelante que, rasgando las nubes, transporta el alma á las moradas celestiales y la permite asociarse á las alabanzas y bendiciones de los coros angélicos que rodean el trono del Cordero (4); hablo de aquella fe que, á través del misterioso velo de los accidentes con que cubre su rostro el verdadero Moisés en la montaña santa de este admirable Sacramento, columbra los esplendores de su gloria, y confusa y anonadada, tiembla de respeto en su presencia; me refiero á aquella fe humilde y agradecida que derribó á Simón Pedro á las plantas de Jesús y obligó á exclamar lleno de pasmo: ¡Señor, apartaos de mí, que soy un hombre pecador! (5). Esta es la fe que debe palpitar en nuestro corazón al recibir el Sacramento del Amor, si deseamos ser abastecidos de gracias y gustar la dulzura incomparable que encierra esta prenda de la gloria (6). Por esta fe examinaba Cristo Nuestro Señor á los enfermos, y á la medida de ella obraba los milagros (7); con esta fe viva tocó la Hemorroísa la vestidura del Salvador, y quedó repentinamente sana (8); con esta misma fe—heroica por lo

(1) 2. 2. q. 5, art. 2, ad 1 et 2.
 (2) Galat., III, 8; Hebræ., XI, 6.
 (3) Conc. Trid., sess. 6, cap. 8.
 (4) Apocal., V, 11-12.
 (5) Luc., V, 8.
 (6) Psal. LXVII, 11; Sapient.,

XII, 1; Sapient., XVI, 20; Joann., VI, 32-33.
 (7) Matth., VIII, 13; Luc., VIII, 50; Joann., XI, 40; Rom., X, 9.
 (8) Matth., IX, 21-22.

importuna—logró la Cananea la salud de su hija, y que Cristo elogiase su proceder, con admiración de las muchedumbres que le seguían (1); con insistentes clamores, henchidos de esta fe divina que logra cuanto quiere, porque es omnipotente (2), pidieron á Cristo dos ciegos el sentido de la vista, y al punto les fué otorgada esta merced (3). En suma, todos los que—fiados en la palabra infalible del Salvador—acudían á sus plantas con viva fe en demanda de remedio para sus necesidades, aflicciones y quebrantos, en recompensa de esta fe viva lograban ser atendidos y remediados, y alababan á Jesús y se iban tras Él desalados (4).

También nosotros creemos, ¿quién lo duda?, pero creemos con una fe que no llega más que á la forma exterior de este Sacramento—lo único que perciben nuestros sentidos,—sin penetrar su virtud y sus misterios; creemos, pero con una fe lánguida y débil, que no puede llamarse *fe de Dios* (5), porque nada la mueve ni la impresiona; creemos, pero con una fe tranquila, inactiva y vulgar, que nada tiene de grande, de sublime, de fervorosa y apasionada, como acontece cuando *obra impulsada por la caridad* (6). ¡Ah, hermanas mías!, si al acercarnos á la mesa Eucarística para alimentar nuestras almas con el Cuerpo de Cristo, avivando la fe de la real presencia de Jesús en la Sagrada Hostia, tan vivo, tan hermoso, tan amable, tan tierno y dadivoso como está en el cielo, creyéramos y confesáramos con la fe y el amor entrañable con que el Príncipe de los Apóstoles dijo al Salvador: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo* (7), sin duda mereceríamos oír de los labios de Jesús aquellas regaladas palabras que dijo á sus fieles discípulos: *Bienaventurados aquellos que sin haberme visto*

(1) Matth., XV, 26; Marc., VII, 27.
 (2) Marc., IX, 22.
 (3) Matth., XX, 30.
 (4) Luc., XVIII, 43.

(5) Marc., XI, 22.
 (6) Galat., V, 6.
 (7) Matth., XVI, 16.

han creído (1), como llamó bienaventurado al apóstol San Pedro, porque creyó y confesó públicamente su eterna generación (2). Si al contemplar la Sagrada Hostia en manos del sacerdote, abriendo los ojos del alma, que son los de la fe, y fiados en la palabra infalible de Dios—como fía el niño en la palabra de su padre (3)—confesáramos con entrañable fe: «Allí está mi remedio; allí está quien puede »y sabe y quiere dármele; allí tengo un Padre (4), y un »Hermano (5), y un Amigo (6) que me ama mucho más »que yo á mí mismo (7); allí tengo lumbre para mis igno- »rancias, esfuerzo para mis flaquezas, rescate para mis »deudas, perdón para mis pecados; allí todos mis bienes, »porque mío es el dador de todos ellos...» (8); si esto, repito, creyéramos con viva fe, de otro modo nos llegaríamos á Él, otro sería el fruto de nuestras comuniones, toda vez que nuestra poca ó mucha fe es la que estrecha ó ensancha el vaso de nuestro corazón para recibir poco ó mucho del inagotable manantial de las divinas misericordias (9). Ensanchemos, pues, el corazón, hermanas mías, al prepararnos para recibir á nuestro amante Jesús (10), y Él lo llenará y colmará muy cumplidamente, pues, como escribe Casiano, «tanto alcanzaremos cuanto creyéremos que podemos alcanzar» (11).

Ahora bien: si la virtud de la fe encierra el poder maravilloso de atraer á Jesús á nuestros corazones, *cimentados en la caridad*, como dice el Apóstol (12), para morar en ellos todos los días de nuestra vida, ¡cuán pura no debemos conservar esta morada, tan codiciada por Él (13), y cuán perfu-

(1) Joann., XX, 29.
 (2) Isai., LIII, 8; Act., VIII, 33.
 (3) S. Hilar. Ep., in Matth., cap. 18.
 (4) Isai., LXIII, 16; Matth., XXIII, 9.
 (5) Rom., VIII, 29; Hebræ., II, 11-12.

(6) Joann., XV, 14-15.
 (7) Jerem., XXXI, 3.
 (8) Rom., VIII, 32.
 (9) Psal. CXLIV, 9.
 (10) Psal. LXXX, 11.
 (11) Collat. 91, cap. 31.
 (12) Ephes., III, 17.
 (13) Prov., XXIII, 26.